



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:

Testimonio de lector

Autor:

Weinberg, Liliana Irene

Forma sugerida de citar:

Weinberg, L. I.(1991).
Testimonio de lector.
Cuadernos Americanos, I(25),
157-160.

Publicado en la revista:

Cuadernos Americanos

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año V, Núm. 25, (enero-febrero de 1991).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados. 4.0 Internacional (CC BY - NC - ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

TESTIMONIO DE LECTOR

Por *Liliana Irene* WEINBERG

QUIERO CON ESTAS breves líneas hacer un homenaje de lector a José Guilherme Merquior. Rara vez el lector toma la palabra, y en este caso lo hace para referirse a un autor dilecto. La pérdida de un pensador joven y brillante, que dio muchos libros y prometía muchos más, repercutió en mí —como en muchos otros lectores— como la pérdida de una voz ágil y seductora, que nos contagiaba el enorme placer de descubrir las ideas, pelear y reconciliarse con ellas, desarmarlas y recomponerlas una y mil veces, incitados por una prosa especialmente rica, al mismo tiempo sustanciosa y leve, de enorme agilidad.

Yo conocí a José Guilherme Merquior a través de su lectura, y recuerdo que mi primer acercamiento a su obra quedó marcado no sólo por el *qué* dice sino también por el poderoso *cómo* lo dice, que atrae al lector con la dinámica de su propio pensamiento.

Poco antes alguien me había hablado de Merquior como un latinoamericano que tuvo el "atrevimiento" de rebatir, de igual a igual, muchas de las ideas de Foucault. ¿Por qué no? Cuando yo misma leí a Merquior comprendí que su elección de determinados temas no se debía sólo a la confianza en la propia capacidad para discutir con los grandes del pensamiento europeo contemporáneo, sino a la voluntad de llevar al pensamiento latinoamericano a una profunda autocrítica. Su llamado, a veces empecinado y excesivo, por revisar el pensamiento francés posestructuralista, a no dejarnos seducir por él, su exhortación a una vuelta al rigor crítico muy de raigambre británica, tendrá sin duda en nuestro medio repercusiones de peso. Y eso sólo podía lograrse con un latinoamericano puesto frente a frente con algunos pensadores del otro lado del Atlántico que a su vez han hecho escuela en este nuestro ambiente. Más aún: para Merquior la oposición entre lo latinoameri-

cano y lo europeo carece ya en muchos aspectos de sentido y debe ser superada a través de nuevas categorías de análisis y un cambio de perspectivas.

Yo espero que este ensayista difícil y seductor sea leído, sea comprendido en nuestro medio. Yo espero que muchos descubran el ritmo imponente de su prosa, aun cuando se pueda entrar en polémica con él. Probabilidad contemplada por el propio Merquior, porque este autor brillante tenía sed de lectores inteligentes. Como Octavio Paz, como Tomás Segovia, para tomar dos autores y críticos con los que coincide en más de un sentido, José Guilherme Merquior establece un innovador modo de inventar a su lector: su prosa aguda demanda un lector agudo; su estilo, que a muchos parecerá elitista, no es sino la demanda exigente de lectores con capacidad crítica, dispuestos a incorporarse a un diálogo complejo del que sin duda saldrán enriquecidos y estimulados.

Acostumbrados como estamos al rutinario "marco teórico" que se escribe y se lee por obligación, a la cansina y descuidada nota a pie de página sin porqué, a la cita bibliográfica mal hecha que carece de necesidad, la prosa de Merquior tiene, por empezar, una fuerza multiplicadora muy grande, pues enseña a leer y escribir con sentido y afán totalizador. Pero se trata de mucho más que eso: se trata de su valor como el comienzo de una nueva forma de hacer ensayo en América Latina.

En efecto, se trata de una forma posible de entender el ensayo que Merquior lleva a un punto muy alto: el ensayo como crítica de la crítica, esto es, como apertura y superación del conocimiento especializado, parcelado y autorreferente, en favor de un horizonte de sentido más amplio. El ensayo de Merquior supera el discurso académico en su interés por aplicarse con rigor e, insisto, afán totalizador, a la crítica de la cultura. Y este intento incluye la tarea de introducir al lector al propio mundo y mostrarle las cartas con las que se juega, pues sólo a través de interlocutores inteligentes puede probarse la inteligencia del que habla.

Merquior refleja en sus obras la energía de una prosa en el momento mismo de su hacerse, una prosa nunca cristalizada, de modo tal que el lector recupera en su lectura el gozo de participar en lo bien pensado y bien dicho, a través del guiño al buen entendedor, el placer de la invocación a otros textos, el gusto de descubrir en cada palabra un sentido y el inmenso placer de comprender. Supo restituir a la prosa ensayística todos los elementos de la eru-

dición, en un esfuerzo constante, ágil y no exento de humor, por iluminar de manera cabal los diversos temas.

Su propósito de desacralizar a Foucault -cuyo discurso sobre el poder ha abierto una nueva veta para las ciencias sociales-, su enojo con Derrida -convertido por la prosa de Merquior en una especie de monstruo, no de la naturaleza sino del intelecto-, pueden parecer *apriori* molestos e inmodestos a muchos lectores, así como injusto su acallamiento de otras voces francesas como las de Durkheim y Lévi-Bruhl o de otras voces inglesas como la de Gordon Childe, que podrían resultar discordantes. Sin embargo, Merquior permite siempre el disenso, porque el disenso es patrimonio del lector que él tiene constantemente en la mira. Sin embargo, la sutil, ágil, concuyente refutación del posestructuralismo, y en especial del desconstruccionismo, que es tema de su último libro, *De Praga a Pañs*, abunda en *rounds* bien resueltos y en un *knock out* contundente, que a su vez caracteriza su propia posición ante los excesos que conducen al pensamiento débil y al irracionalismo: "Como sucede con frecuencia, el escepticismo radical -acerca del significado como de casi todo lo demás- en el fondo no es más que absolutismo decepcionado".

A este testimonio de lector quiero añadir finalmente mi testimonio de editor. En efecto, tuve por fortuna a mi cargo la publicación de tres valiosos artículos de J.G. Merquior: "Vico, Joyce y la ideología del alto modernismo" (*Cuadernos Americanos*, núm. 10, 1988), "El otro Occidente. (Un poco de Filosofía de la Historia desde Latinoamérica)" (núm. 13, 1989), y su magnífico "Reinterpretando la Revolución" (núm. 16, 1989), para el bicentenario de la Revolución Francesa, tarea que dio a su vez lugar a interminables discusiones telefónicas con el autor sobre ciertos matices de traducción y redacción. Estas charlas telefónicas resultaron en verdad memorables y enriquecedoras, tanto como lo fue la lectura cuidadosa de sus textos. En cierta oportunidad le hablé de manera autocrítica de mis empecinadas y desgastantes cacerías de erratas. A esto replicó Merquior: "Hace ya tiempo he aprendido que, para poder hacer las miles de cosas que deseamos hacer, debemos dejar de ser perfeccionistas". No le creí. Su misma devoción por la precisión y hasta el cuidado filológico que ponía en la elección de las palabras lo desmentían. Pero hoy pienso que sí fue cierta su declaración. Si en la prosa de Merquior se descubre un afán por contemplarlo todo, por manejar todas las variables, por pensarlo

y por decirlo todo, su totalidad no es fruto de un perfeccionismo enfermizo, sino de una vocación pantagruélica por el conocimiento. Muere muy joven uno de nuestros más voraces pensadores.